

donde recibió en su bien dispuesto é inocente corazón la primera semilla de las virtudes, que tan opimos frutos produjeron en lo restante de su vida, como en parte hemos dicho, y se verá por lo que vamos á decir.

En 1.º de Junio de 1769 contrajo matrimonio con el duque de Villahermosa, D. Juan Pablo Aragon. Celebróse la boda en el palacio del conde de Aranda; el conde, como poderhabiente del duque, le representó en aquel acto solemne. ¡Qué escena tan interesante! En presencia de las más ilustres damas de la corte y de buen número de Grandes de España y personajes de cuenta, unidos á las dos familias por lazos de amistad ó parentesco, vióse aquel día al volteriano Aranda, de casi cincuenta años, arrodillarse ante el altar al lado de una inocente niña de solos quince, que acababa de salir del convento, entre cuyas paredes había estado once años encerrada.

Y esta niña era la destinada por Dios, cual otra valerosa Judit, para deshacer la obra del impío conde y cortar la cabeza al soberbio Holofernes. Aranda acababa de *hacer la fiesta*, según su propia frase, extrañando de todos los dominios españoles á los jesuitas; y ya ponía en ejecucion el plan concebido para necesitar al Romano Pontífice á destruirla y aniquilarla: y por su medio la angelical doncella se unía á un Grande de España de primera clase y uno de los caballeros más en boga en aquella sazón por sus riquezas, su capacidad y su nacimiento: y este enlace fue precisamente la que la puso en condiciones de poder dar pábulo á su devoción con la Compañía de Jesús y con el Soberano Pontífice, é invertir sumas muy cuantiosas en bien de la universal Iglesia, cuando arreciase la persecucion contra su cabeza visible, y en provecho de la Compañía de Jesús, cuando el V. P. Pignatelli emprendiese en Parma y Nápoles la obra de su restablecimiento.

No pudo menos de causar honda impresion en el ánimo de Aranda este acto: pues hallándose de embajador en París, escribía ocho años después al duque de Villahermosa estas textuales palabras: «Ponme á los pies de mi señora parienta, santa y de-

vota¹. Yo fui su marido en sobrescrito, tu poder habiente que la desmonjó; y seré siempre quien más le respete².»

Profesaba la buena señora una devoción especial á San Francisco Javier y á las iglesias del oriente. Puso el nombre del apóstol de las Indias á la primera hija que le nació (1776,) en conmutacion, á lo que se entiende, de una promesa que había hecho de llevar hábito del santo apóstol. El motivo de conmutársela fue la oposicion que se le hizo en vista de la aversion con que en la corte era mirada la extinguida Compañía de Jesús.

Por los años de 1788 llegó á Madrid un monje antoniano, sirio católico, enviado á Europa por su patriarca á recoger limosnas. La señora duquesa, además de socorrerle con liberalidad, se constituyó en agente del monje, y obtuvo de la reina María Luisa, que se le diesen treinta mil reales del fondo de Tierra Santa; y de su amigo el conde Revillagigedo, virrey de Méjico, tres mil duros para el mismo fin. Al mencionado patriarca envió un juego de cáliz, copon, vinageras é incensario; todo de plata sobredorada, y las copas del cáliz y copon de oro; y además un ornamento completo de pontifical.

Como por falta de recursos no pudiera continuarse en Madrid el oratorio llamado «Caballero de Gracia,» la señora duquesa proporcionó todo el caudal que para concluirlo fue necesario, esmeróse en su decoro y ornamento, hizo en él á sus expensas dos altares, y le regaló varios adornos.

El monasterio de Trapenses de Santa Susana, en Aragon, pudo casi reconocerla como á su fundadora; pues además de regalarle una custodia de plata y algunos cuadros, solo en metálico les dio en varias ocasiones de unos ocho á diez mil duros.

Á los pobres que estaban impedidos, los iba á visitar; á los vergonzantes los socorría ocultamente, como lo experimentaron no pocas personas distinguidas, que en Madrid, durante la domi-

¹ D. José María Pignatelli, el célebre marqués de Mora, hermano de D.^a María Manuela, había casado con la única hija del conde de Aranda.

² Archivo de Villahermosa.

nacion de los franceses, recibieron de la señora duquesa abundantes socorros; á los pordioseros daba siempre limosna, ya en la puerta de su casa, ya en las de las iglesias. En 1811 ó 1812, año de gran carestía y hambre, á pesar de verse la buena señora reducida á grande estrechez y bien escasa de medios, dispuso en su casa una sopa económica para los pobres.

Las fiestas de su mayor devocion las celebraba con especiales actos de misericordia con los pobres y de humildad en servicio de ellos. Muchos años tuvo la santa costumbre de dar de comer á una niña pobre la víspera de la Inmaculada Concepcion; á tres pobres, un niño, una mujer y un hombre, las vísperas de la Natividad del Señor y de San José; y á cinco, un niño, dos mujeres y dos hombres, las de San Joaquín y Santa Ana. La misma señora les servía, acompañada de sus hijos, á quienes desde su tierna edad acostumbraba á estos actos; poníase de rodillas siempre que les daba de beber; la comida que sobraba en la mesa, la repartía entre los comensales y se la hacía llevar á sus casas; dábales aquellos días vestidos completos, así interior como exterior: á las mujeres las introducía en su cuarto, y allí las peinaba, les lavaba los pies con sus propias manos, y les preguntaba y enseñaba la doctrina. Al despedir á los pobres, daba á cada uno una limosna, y hacía que sus hijos, puestos de rodillas delante de cada pobre y besándoles las manos, les pusieran en ellas otra limosnita. Cada año el Jueves Santo ó el Domingo de Pascua solía dar un pan y un peso duro á cada uno de trece pobres, que llamaba á su palacio; y hacía que sus hijos diesen á otros trece pobres un pan y otra limosna.

Además de esto, tenía señalada una cantidad que repartía en los pueblos, tanto de los lugares de su viudedad foral en Aragon, como en los de su hijo primogénito en el reino de Valencia. Eran continuas las limosnas que enviaba á comunidades pobres, congregaciones y establecimientos de beneficencia. Á la Inclusa daba anualmente la cantidad necesaria para mantener una criatura, y costeaba su ama. Á la congregacion de la Esperanza daba una peseta diaria; por lo cual la congregacion admitió

á S. E. por puro agradecimiento, sin haberlo ella solicitado. Á los Padres de San Cayetano socorría con limosna anual para manutencion de un individuo en honra de San Cayetano. Socorrió tambien á los emigrados franceses: y tuvo en su casa durante algunos años, manteniéndole, á un sacerdote de la diócesis de Burdeos.

En medio de tanta liberalidad con los pobres de Cristo, solo consigo era escasa. Desde que enviudó, su vestido fue siempre de tela de seda de color negro y muy sencillo, sin usar de ningún adorno mujeril, como pendientes, sortijas, etc.; de suerte que en veintisiete años de viudez no se puso ni un solo diamante ni joya de oro de ninguna especie. Todo lo que se hubiese de gastar para su persona, le parecía superfluo y cosa de lujo; y llegó en este punto á tal extremo, que necesitando hacerse camisas, fue preciso recurrir á su confesor para que se lo mandase, como lo hizo, y ella obedeció.

Era tan parca y moderada en la comida, que se podía decir de la señora que todos los días del año ayunaba. Reducíase su alimento á una jícara de chocolate por la mañana, una sobria y frugal comida, y otra jícara de chocolate por cena á la noche. Y fue reduciendo con el tiempo estas porciones en tal grado, que sus piadosos hijos, con el temor de que iba á enfermar su querida madre, dieron cuenta de ello á su confesor para que le prohibiese aquel exceso.

No salía de casa ordinariamente sino á las iglesias ó algunas visitas que le eran de absoluta necesidad. Á palacio á los besamanos no asistió jamás todo el tiempo de su viudez, ni se presentó en la corte: á paseo nunca salió por la tarde: en verano solía alguna vez salir muy de mañana, y alguna vez llegaba á los puntos menos concurridos del Prado. Tenía dada orden que á las diez estuviesen cerradas las puertas de su casa, y por ninguna razon dispensaba en este particular.

Fue extrema la solicitud de D.^a María Manuela en la educacion de sus hijos, y en el arreglo y cristiandad de su familia: y estaba siempre como vigilante madre de familia al cuidado de

todo. No podía sufrir la mentira ni la murmuración; pagaba con exactitud y puntualidad los gastos de su casa, de su familia, de los artesanos, en suma, de todos aquellos con quienes tenía alguna obligación.

Era muy dada á la oración vocal y mental. Y aunque en este punto guardaba gran reserva; con todo, por sus conversaciones y por el tiempo que así por las mañanas como á mediodía estaba retirada en su cuarto, echábase bien de ver que era persona muy espiritual, muy unida con Dios, y muy solícita de procurar la divina gloria y la salvación de su alma. Era de conciencia tan timorata, que, á pesar de su claro entendimiento, llegaba á dudar de todo, sin hallarse con fuerzas para resolver por sí; y aunque de ordinario conocía lo que debía ó podía hacer, pero no se quietaba hasta haberlo consultado con persona de su confianza. Fuele tan pesada la cruz de los escrúpulos, con que, de un modo particular al fin de su vida, la probó el Señor, que al parecer de algunos contribuyó á abreviarle una vida que iban acortando prolijos padecimientos unidos á una complexion delicada.

Ella fue la que suministró á la congregación de *Propaganda Fide* las cantidades precisas para el socorro de las misiones de Oriente, de las cuales se veía privada la congregación por los dominadores franceses desde que entraron en Roma; y se cree que no bajarían de ocho mil ducados anuales los que enviaba la señora duquesa para obra tan santa; y no se sabe á cuánto ascendería lo que adjudicaba á la erección de capillas é iglesias en aquellas regiones, y á la distribución de objetos sagrados, como rosarios y reliquias, entre los nuevos cristianos. Sus conversaciones con sus hijos versaban de ordinario sobre la construcción de aquellos edificios y sobre los Santos en cuyo honor quería se dedicasen: por donde se vino á saber que tenía destinada una considerable suma para el edificio de un templo en Pekin bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús: ella misma con sus hijos fabricaba el cordón en que se engarzaban las cuentas de los rosarios que enviaba, y el engarce era también obra de sus manos.

Ella, finalmente, costeó los adornos con que se habían de cubrir las cabezas de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, que habían sido objeto de la sacrilega rapacidad de los ejércitos franceses en su entrada en Roma. Igual despojo habían sufrido las santísimas reliquias del *Lignum Crucis*, que se veneran en la Basílica de Santa Cruz de Jerusalén, y las de la *Santa Cuna*, depositadas en la Basílica de Santa María la Mayor; y ardiendo la señora duquesa en santo celo, proporcionó las sumas necesarias para aquella restauración, gastando en obra tan santa diez mil duros por lo menos. Grande era la satisfacción que sentía la piadosa duquesa en estos ejercicios de caridad y religión: y el único pesar que en ello tuvo fue no haberlos podido practicar con el secreto que ella tanto había recomendado, pues no quería que supiese su mano izquierda lo que la derecha hacía. En efecto: instado el Sumo Pontífice Pío VII por el Ministro de España en Roma, D. Antonio Vargas, que, según se creyó, tenía orden de Madrid para averiguar la persona que costeaba aquellas obras, en una efusión de corazón le dijo el Papa que la autora de ellas era la señora duquesa de Villahermosa, D.^a María Manuela Pignatelli; lo cual se hizo público en Roma con tanta edificación de los fieles como confusión y sentimiento de la señora duquesa.

Deseoso el Padre Santo de manifestarle su agradecimiento, le remitió una reliquia de la Santa Cuna, colocada en un hermoso relicario, que costeó el Capítulo de Santa María la Mayor, y otra reliquia del *Lignum Crucis* en una cruz de cristal. Sacó también Su Santidad una reliquia de cada una de las cabezas de los Príncipes de los Apóstoles, y puestas cada una en su relicario, y selladas con el sello de las armas de Su Santidad, se las remitió á la señora duquesa colocadas en el pedestal de unas pequeñas estatuas de los Santos Apóstoles, de plata y bronce sobredorado, iguales en la forma á las que costeó el Capítulo de San Juan de Letrán: sirveles de auténtica un Breve dirigido á la señora duquesa, firmado por Su Santidad, en el cual se leen estas notables expresiones: «Aunque á nadie hemos permitido extraer ni siquiera el menor pedacito de aquellas reliquias; sin embar-

go, de los huesos de cada una de aquellas dos sacratísimas Cabezas hemos sacado un par de particitas solamente para tí, por los singulares méritos que con ambos Apóstoles has contraído¹.»

Este era el empleo que la señora duquesa D.^a María Manuela hacía de las abundantes riquezas de que el cielo la había dotado. Y si su tío el Venerable P. José Pignatelli no hubiese sido tanto y más reservado que ella, ó no hubiesen sido pasto de las llamas las frecuentes cartas que tío y sobrina se escribieron; sabríamos ahora los grandes socorros con que la buena señora contribuyó á la manutencion de los súbditos del P. José durante sus tres provincialatos de Parma, Nápoles y Roma. Consta por dichos y conversaciones de Su Excelencia, que se obligó á pagar cierta cantidad á todos los jesuítas españoles desterrados de Nápoles á los dos años de su restablecimiento en aquel reino, y que habían sido privados de la pension que les pagaba el Gobierno español, por el solo hecho de haber vestido allí la ropa de la Compañía. Y esto lo continuó hasta que por la entrada de los franceses en España se vio privada de sus rentas y reducida á una bien escasa situacion.

El duque D. Antonio notificó la triste pérdida de su santa madre al Pontífice Pío VII, el cual le contestó con una carta, en que le manifestaba la pena y sentimiento de su corazon por la muerte de su insigne y constante bienhechora.

Los restos mortales de la venerable duquesa fueron trasladados al sepulcro que los señores duques de Villahermosa tienen en el monasterio de Veruela, cerca de Tarazona, en Aragon, antiguamente de monjes de San Bernardo, y en la actualidad casa y noviciado de la Compañía de Jesús.

En Noviembre de 1890, con ocasion de visitar la actual señora duquesa el sepulcro de sus antepasados en Veruela, se

¹ *Quamvis ne frustulum quidem ullum earum reliquiarum cuiquam alteri desumere permisimus; nihilominus unam atque alteram ex utriusque Beatissimi Capitis ossibus particulam reverenter extraximus, dumtaxat ad te, de utriusque Apostoli cultu optime meritam.*

abrió la cripta de aquel sepulcro. En una de las cajas se halló un cráneo con algun cabello, huesos destruídos, y ropas de lana podridas, y además una botella de cristal blanco, tapada con corcho, de la cual se sacó un papel escrito, muy húmedo y descoloridas las letras.

Estas se pudieron leer: y yo mismo las lei el verano siguiente. He aquí su contenido: «Este es el cuerpo de la Excelentísima señora doña María Manuela Pignatelli de Aragon, Gonzaga, Moncayo y Caraciolo, duquesa viuda de Villahermosa, madre del Excmo. Sr. D. Josef Antonio de Aragon y Azlor, actual duque de Villahermosa, hija de los excelentísimos señores condes de Fuentes: murió en 6 de Noviembre de 1816 á los 63 años de edad.»

Sean estas breves lineas, pues más no permite la índole de esta historia, un débil sí, pero sincerísimo, testimonio de la eterna gratitud, á que se hizo acreedora la que con entrañas verdaderamente maternales amó y protegió á la Compañía de Jesús en época tan azorosa. Y ya que á sus protegidos no les fue dado gozar de la amable compañía de tan insigne bienhechora, se consolarán al menos sus sucesores con la dicha que les cabe de custodiar el inestimable tesoro de sus restos venerandos.